

miento santo de toda España, consumada la obra comenzada, Quedáis ya solos, no expóngais más freguas, será para vosotros terrible carga si desoís esta voz amiga; las fuerzas de ese pérfido fiscal, colocado en la Agonia, al mando militar de la Mancha, es impotente; secundad a todos los nobles españoles; un día que se acerca recobrareis con usura vuestros atrevidos derechos; ese Código sagrado será una verdad, y esa excelsa imagen de la inocencia nuestra adorada Reina D.^a Isabel II se verá libre de las cadenas que la oprimen. Si lo verificais con denuedo, se compensará esta declaración así rubricada con el original que en igual forma conservamos. Está rubricada y dada la publicidad correspondiente al programa inserto; toda la población la aprobó, expulsando de la población a la comisión militar citada, mandando se conserve el orden público y para ello queda instalada por Junta de Gobierno de esta población, la municipalidad de ella, que vuela al pueblo dió las más expresivas gracias por su decisión a la Reina Isabel por la constitución del treinta y siete, ofreciendo al público que desde luego están decididos sus gobernantes a derramar su sangre en defensa de la libertad y de lo que queda escrito; con un repique general de campanas se manifestó la alegría, y mandado publicar a la próxima noche iluminación en acción de gracias, en cuyo acto el señor Presidente manifestó: Viva la Constitución, la Reina Isabel II y el programa de D. Joaquín María López, a que todos contestaron ¡Viva! y desde este acto queda una guardia principal para si hubiese tentativas por el enemigo, ofreciendo todos acudir a sacrificar sus vidas al toque de alarma. Así lo dijeron y mantuvieron se circule a los pueblos limitrofes, siendo inexplicable la decisión, en este acto del Guardia Mayor D. Juan José Caballero, que firmó con todos de que existían: José María Caballero, Eusebio Camizates, Juan Antonio Sánchez, Ignacio García, Francisco Aguilera, José López Carretero, Antonio Camacho, Facundo Gomez, Valeriano Lopez de Torrubia, Licenciado Mariano Ventura, Manuel Bascari, Fernando María Cortes, Esteban Blanco y Vega, Secretario.

El ministro López, invocado en los programas, era una palabra vana, un pretexto para arrojar al Regente e implantar luego el turno de los banidos retrógrados.

Tal fué el alzamiento contra Espartero, encendido por los descontentos de su política y por los apasionados de la contraria, a causa de lo que se vio obligado a embarcarse en Cadiz el 30 de julio de 1843 con dirección a Inglaterra, volviendo a la patria más tarde. Por una confabulación sorcida y por un semillero de apetitos zurdos, fué destituido de la Regencia el Duque de la Victoria, el que había sido elegido por la unánime voluntad de la Nación representada en Cortes... La voluntad de todos lo eligió, en el encono áspero de unos adversarios, encono difundido con tozuda obsesión—¡hasta por los subditos de su maniega patria encal!—le hizo dejar el trono... Y al ser depuesto el Regente, el defensor de las libertades amenazadas, al vencer las argucias enemigas, formóse un Ministerio presidido por Don Joaquín María López, grandilocuente orador, bajo el cual declararon las Cortes mayor de edad, a los trece años, a Doña Isabel II, y cuando ésta fué destronada por la revolución de Septiembre en 1808, hubo una fracción en el Parlamento, en la que figuraba el insigne republicano Don Nicolás Salmerón—como nos dice Kitzwagen en un brillante trabajo a propósito de Espartero—que penso en este para proclamarle Rey de España. Pero Espartero rehusó el honor...

El hijo del humilde carretero de Granátula no pudo disfrutar mas alta apoteosis. Aquí tenéis su mejor merito; el de su pobre y oscuro origen, desconocido todos los restantes, que son múltiples, entre ellos, como más esencial, el de su heroísmo acendrado. Se lo debió todo o si mismo; a su propio impulso, a su propio arrojo... No compartió de nadie herencia... No se desenvió entre pergaminos promisorios... No fué hijo de Reyes... Y supo sin embargo, gobernar; gobernar muy bien, y muy a la moderna; noblemente plausible en aquellos tiempos fanáticos, de duras y sordas tiranías a lo Fernando VII, ¡el malvado Monarca traidor! Sabia perfectamente el general Espartero que según las inspiradas palabras de un notable filósofo, «la organización política de un país nunca puer de tener cambios sólidos en la ordenanza militar, y de aquí que el genio guerrero ha de ir constantemente acompañado del genio político cuando un hombre se erige en dictador». No era Espartero dictador, aunque las circunstancias, alguna o algunas veces aisladas, le diesen proceder con energía... Muy por el contrario, gustaba de someterse, y tal fue el tema de su política, a la voluntad nacional... Trascendimos aquí un bello parrafo: «Cumplase la voluntad nacional!», dijo al ofrecerse Serrano desde la Regencia. «Cumplase la voluntad nacional!», exclamó cuando Amadeo de Saboya le comunicó que había cenado la corona. «Cumplase la voluntad nacional!», el día que, Castelar puso en su conocimiento la proclamación de la República. «Cumplase la voluntad nacional!» ante el golpe del 3 de Enero y la Restauración, ¡que ya fué el colmo...!

¡Cumplase la voluntad nacional! No puede ser otra la enseñanza de los hombres liberales, de los que sepan tener un gesto de asco para el despotismo y la opresión, como le tuvo siempre aquel manchego insignie sin títulos legados por sus ascendientes ni odiosos privilegios de sangre... Todo el siglo XIX respira el aliento de Espartero en sus ansiedades democráticas... Algunos han llegado a recordar, ante la gloria de su nombre, a los grandes prestigios históricos: César, Cromwell, Napoleón...

Lo indiscutible, lo cierto, es que D. Baldomero Espartero fué tan bravo y valeroso general como admirable y honrado político, «contra lo común en los militares cuando actúan dentro de la ciencia gobernante».

Y que su vida militar y política, puede compararse con todas, sin temor a que desmerezca ante ninguna.

LA MAJA DE LA BARRERA



(Dibujo de Pedro Barragán)

Es su cuerpo tan airoso, de tan sencilla arrogancia, que hace evocar a la mente las líneas estatuarias, pues en verdad más parece una imagen cincelada por un prodigioso artista que una concepción humana. No es cuerpo su bello cuerpo, es una ondulante palma; del gran ideal de Rubens la encarnación más exacta...

¡Oh, maja de la barrera, maja altiva, maja clásica...!

Cuando, bajo el sol de Estío, se dirige hacia la Plaza, véñese en sus negras pupilas lucir del amor las llamas, y su aire majestuoso diluye una esencia vaga de sensuales perfumes que suavemente embriagan, desapareciendo luego como una loca esperanza...

¡Oh, maja de la barrera, maja altiva, maja clásica...!

Es un ensueño de artista, es un grito de la raza, lo mismo si va vestida de manola que de dama... Le hace mucho el atavío, ¡pero más le hace su cara...!

Porque la mujer que tiene —y ella de esto está sobrada!— un tipo de gallardía, una popular prestancia, un ademán desenvuelto una chispeante charla, una tersa piel morena, unas sedosas pestañas, unas caderas macizas, unos senos de pujanza,

unos pies que pisen firme y unos labios color grana, no necesita ponerse para presumir de maja, ni primorosa mantilla en Almagro fabricada, ni llamativas peinetas, ni deslumbrantes alhajas, ni claveles en el pecho, ni suntuosas enaguas, ni zapatos escotados, ni finas medias caladas, porque su cuerpo de Diosa y su andar de Soberana, eclipsan todas las prendas del mundo imaginadas...

¡Oh, maja de la barrera, maja altiva, maja clásica...!

Vistase como se vista, bien de maja o bien de dama, de cualquier modo que esté, de cualquier modo que vaya ¡le sobra con ese cuerpo que es estuche de mil gracias, y con esas arrogantes indolencias de Sultana...!

Son dos carbones sus ojos junto a la mantilla blanca ¡esa mantilla almagraña que también sienta a su cara, y pone a su negro pelo un marco de espuma blanca ...!

¡Oh, maja de la barrera, maja altiva, maja clásica, que Don Francisco de Goya nos dejó inmortalizada, y es, desde entonces, un símbolo, es un grito de la raza, es un jirón de bandera, ¡es un pedazo de España...!

JACOBO ROLLA.

Recepción y conferencia

Asistimos a la conferencia del Sr. Calvo Sotelo en el Teatro Cervantes de Ciudad Real, en la fecha del cumpleaños de D. Alfonso XIII. El Teatro estaba rebosante. En las plateas y palcos muchas simpáticas muchachas; no diremos, como es usual en estos casos, y dijo también el conferenciante, que «todas» eran guapas; había, como en todas partes, guapas y feas... La verdad debe resplandecer sin artificio...

La conferencia, según se tenía anunciado, trataba del Estatuto municipal; nosotros, deseosos de «documentarnos» acudimos a escucharla ávidamente, pero salimos defraudados... Dijó, y esto ya nos desalentó, que solo había «un recorrido superficial» en el examen del Estatuto. Y en efecto, habló de varias cuestiones...

Dijo que «cada mujer arrastra siete hombres». ¿A siete? Según...

Afirmó que los obreros no deben pronunciarse por los medios violentos; que hoy existe bastante libertad para los que no son unos truhanes; que no debemos someternos a los hombres sino a las

ideas; que los antiguos Alcaldes corregidores velaban porque rezasen el rosario los vecinos; que los políticos antiguos han sido barridos por los militares con un escobón como se barren las inmundicias; que no dejarán éstos el poder mientras no haya en España una fuerza cívica; que el ambiente, antes enrarecido, ahora se ha purificado; que quien no se muestre adicto al Directorio se le considera enemigo y obtendrá su castigo apropiado, ni más ni menos que acontece en una operación guerrera; que el Directorio no tiene espíritu proreligioso, que el Directorio está haciendo una obra de libertad y por eso son aceptados los cargos públicos hasta por los sacerdotes y por las mujeres terminando su discurso con una alusión a San Ignacio y con un «¡Viva el Rey!» «¡Viva España!», que es contestado por el público, el cual se pone en pie a una indicación del orador en el momento que suenan en la sala las acompasadas cadencias de la Marcha Real...

Con respecto a la recepción verificada en la Diputación Provincial el mismo día de la conferencia y en honor del Rey, tenemos noticias de que fué todo un éxito. Agr. de mos al Sr. Gobernador la invitación que nos hizo y felicitamos a nuestro compañero Carlos Calatayud por lo muy diestramente que organizó el desfilé.

La mujer soñada

(Fusión de almas.)

Aquella mujer surgió en su vida, en su serena vida de marido amante, enamorado de la esposa con amor de novio, como una alucinación torturadora, como el hechizo de un designio ciego... Amaba él a Elvira, su mujer, con un sentimiento de efusión viva, pero un poco materializada, por no suponer la capaz de un amor espiritual, exaltado... Era sí, buena, segura en su cariño, fiel siempre... Pero Miguel tenía la obsesión de una mujer de alma radiante, capaz de todos los altruismos, por absurdos que fuesen, y de todas las comprensiones, de todas las nobles audacias del espíritu; la obsesión, de una escultura femenina animada por un excelso corazón, único en generosidad y en grandeza... ¡La obsesión de la mujer soñada...! Y ésta, para él, lo era Margarita, la mágica muchacha que acababa de surgir en el camino de su vida como una alucinación torturadora; como el hechizo de un designio ciego...

La fruta prohibida de aquel amor, desbordó su vida en esplendores de inefable dicha. ¡La idolatraba con un cariño denso, inexpressable...

Resultaba para Miguel sorprendente la evolución interior, el proceso psíquico, por el cual habrá llegado a dominarle un cariño equiparable, en unos meses, o superior acaso, al viejo y contrastado cariño de la esposa. Pero la realidad era ésta. El alma y el cuerpo de Margarita habían hecho el milagro; un alma, toda luz, ingenuidad, candor luminoso, y un cuerpo todo vibración, donde las divinas sensaciones virginales de la carne parecían un sacrificio sagrado, un misterioso florecimiento rojo de rosales blancos... Se adoraban con una pasión sin medida ni límite, con una pasión de hierro, de fuego, fatal, predestinada por el sino de dos vidas...

Ella ofreció todo en su entrega. Todo... Su abnegación sincera tuvo un lindo gesto desdenoso para esos caducos valores sociales que esclavizan el corazón de las gentes pudibundas; familia, bienestar, honor, escándalo... ¡Nada pudo abatir el vuelo de oro de sus veinte años...!

El amante aspiró el primer aroma de aquel jardín recién abierto, que le ofrendaba sus flores a torrentes...

Lo aspiró con todo el furioso hechizo de las pasiones indomables y fatales...

Lo aspiró con todo el fuego de su alma... ¡Y el fuego todo lo purifica...!

No podía faltar el ave negra que turbase la felicidad del matrimonio... Una amiga oficiosa, una... buena amiga, fué la encargada de revelar a Elvira toda «la trición» del esposo, brindándole medio seguro de sorprender el oculto idilio... Paralizada, quieta, insensible en su estupor, inmensamente doloroso, permaneció unos breves segundos... Y después, con profunda entereza:

—¡Es imposible!

—¡Es cierto!—confirmó la voz acusadora. Tuvo entonces la esposa ultrajada un erquimiento de altivez, de dignidad herida, pero no claudicante...

Rechazó en una mueca despreciable la idea de sorprender a los amantes, prefiriendo invocar la lealtad del marido, ¡de él, que se decía tan leal para conocer la verdad cruda, entera...

Y lloró, consternadamente, en silencio...

Flotaba en la alcoba un maleficio de tragedia, de tragedia de almas... Ya tenía Elvira los ojos secos de llorar... Llegó al fin el marido. Venía de los brazos de ella, de la otra; oía todavía a ella, ¡a la otra...!

De pie frente a Miguel, arrogante en su gentil entereza de mujer hecha toda de corazón, dijo la ofendida:

—Dime, sin apartar tus ojos de los míos, así, sin apartarlos, si serás tan leal que me confíes toda la verdad que hasta ahora te has callado...

—Lo seré.

Y en el augusto recogimiento de aquel santuario de emociones, de aquella alcoba santa, bajo la luz opaca del globo eléctrico que dejaba destacarse junto al lecho nupcial la cuna en que dormía un niño rubio, fué narrando Miguel todas sus cuitas, sus secretos, sus ansias, que, al recordar el alma, le agotaban, le destrozan los sentimientos feroces...

—Pero tú—murmuró ella—ya no puedes querernos; ni a mí ni a tu hijo...

—¡Más que nunca!

—No; esto no puede ser; no puede ser...

—Escucha.

—No debo, no quiero escucharte...

Se oyó fuera el canto de los pájaros, en una atronadora música de trinos felices...

Amanecía...

Al día siguiente, cuando Margarita lo supo todo por Miguel, sin decir nada a éste, acudió en busca de Elvira. Quería significarle que no era digna de su odio. Quería justificarse para no ser aborrecida. Quería decir que existía una fuerza... Su temperamento la arrastraba a este acto de sinceridad máxima... La aureola de su dolor contribuía a prestarle un relieve insospechado de heroína o de mártir...

—Acaso usted me juzgue una mujer desalmada, infame... Sería injusto; yo no estoy fundida en el fango, yo no he maculado mi alma, yo...

—Todo lo que escucho de sus labios no puedo considerarlo sino como una flaqueza

sentimental indisculpable, como algo muy propio de...

—¿Cómo? No admito calificativos denigrantes...

—Sólo dije que lo juzgaba una flaqueza imperdonable...

—No lo crea. Es otra cosa superior a eso... Y no obstante, huiría de él para no ser obstáculo—explicaba trémula Margarita—para no romper definitivamente la ventura de un hogar dichoso...

—¡Pues huya!—replicó vivamente la madre traicionada.

—Me lo impide...

Por los ojos de Elvira cruzó un relámpago profético...

—¿Qué?—inquirió con enorme ansiedad.

—Me lo impide... mi hijo, nuestro hijo...

Se transfiguró el rostro de Elvira. Insuperablemente fué otra. Hizo un esfuerzo de voluntad desesperado, magnífico... Era el instante, el divino e inefable instante, en que la bestia va a vencer al ángel o el ángel a la bestia... ¡Triunfó el ángel!

—Ven—dijo a Margarita.

Esta se aproximó.

Y entonces Elvira, trocada en dulce majestad su anterior actitud de hostilidad casi agresiva, la dió un beso en la frente... Un beso largo, lento, que hizo a Margarita estremecerse conmovida, llena de perplejidades extrañas; de vagis y dulces sensaciones...

El sol entraba por el balcón del elegante gabinete en oleadas de luz radiante, espejeando en el bruído piso de madera. Tenía el cielo tonalidades infinitas, imposibles de llevar al pincel ni a la pluma. Había en la casa, en la calle, en el ambiente todo, una transparencia de bellas ilusiones...

—Por esta vez tu lealtad—insinuó Elvira—ha podido menos que tu temor o tu... misericordia.

Hundido apesadumbradamente en una ancha butaca, Miguel guardó silencio unos instantes. Después con voz algo apagada, murmuró:

—Miedo... ¿a qué? Misericordia... ¿de qué?

—Miedo a tu propia conciencia y misericordia de mí. Si, por miedo y por misericordia, repito, me omitiste en tu «leal» relato lo más grave...

En el rostro, profundamente pálido del marido, se reflejaba un dolor supremo... Luchaban en su cerebro ideas antitéticas. De un lado Elvira, de otro Margarita... El amor sancionado por la ley escrita, histórica, y el amor refrendado por la ley espontánea, libre, que dicta bravamente el corazón... La mujer «ideal» y la mujer «legal». ¡Y no poder ser las dos en una, porque recíprocamente se excluyen...! ¿Qué solución tendría este problema aterrador y amargo...?

—No; no te desespere, no sufras—dice Elvira, serena, ponderada, radiante de excelentudes magnas—; es la corriente de la Vida que nos empuja, que nos lleva, como arrastra las hojas el curso de las aguas... ¡Es lo fatal...! Siento mi espíritu transformado... Antes—sin saber lo que tú me ocultaste—te hubiese dicho: «Elige. ¿Ella? ¿Yo? Una. Pronto». Ahora te digo: «Tú eres de las dos y las dos son tuyas...! Antes hubiese exclamado: «¡Venganza! Ahora afirmo: «¡Perdón!»

Y lo dijo sin odio, sin desprecio, sin ira... ¡Con los ojos y el alma desbordantes de esplendor y de bondad...!

No pudo Miguel contestar... La emoción estrangulaba en su garganta las palabras.

Se levantó, y estrechando en sus brazos a Elvira, la contemplaba en un arrobó intenso de adoraciones sobrehumanas...

¡Esta sí que era la mujer idealísima...!

¡La única en generosidad y en grandeza! ¡La mujer soñada...!

D. T. M.

Diálogo «ejemplar»

Caminamos despacio, deambulando apacientemente en el quieto conjuro de las calles de la Ciudad del Rey Sabio. Mi amigo desliza estas palabras comentando las noticias de la Prensa.

—Ya han perdido los periódicos, para la mayoría de las gentes, el atractivo esencial de estos días...

—Efectivamente: el folletín del crimen del expreso ha terminado.

—Y ha terminado a gusto de todos...

—De «cas» todos, porque usted ya sabe mi criterio...

—Bien; pero no hay que negar a la pena de muerte su ejemplaridad.

—¡Magnífico! ¡Pero usted no ha leído los diarios...? ¡Ejemplar la pena de muerte! ¿Cómo puede decir «eso»?

—Calmé; durante mi breve estancia en el campo, no he leído los diarios... Mas ¿a qué viene esa pregunta?

—Pues mire usted; a raíz de ser ejecutados los tres reos por motivo del asalto a los ambulantes del expreso, sucedieron, que yo recuerdo, los siguientes crímenes: Asalto y doble asesinato en Badalona por móvil de robo; asalto a un tren de mercancías; atraco en Torreveja a un joven impidiendo los transeúntes que le robasen el dinero; Asalto en Madrid a un almacén de maquinaria en la calle de San Pedro llevándose la caja de caudales; agresión al juez de Tonollos... etc... etc...

—Pero es todo eso exacto?

—Exacto... Para mí, en pugna abierta con usted, el más endoble argumento para la defensa de la pena de muerte, es la ejemplaridad...

—Ante la fuerza de los hechos no cabe discutir... La hora de la cena—hora sacramental y sanchopanesca juntamente—se aproximaba rápida; partimos en contrarias direcciones. Y yo he querido en este último número, por ahora, de LA TIERRA HIDALGA, el adorado periódico, hacer esta impresión de despedida...

RUYO FERNANDEZ

Ciudad Real, Mayo, 1924.